

Venus y Vulcano

Hay todavía gente para acongojarse pensando en el porvenir que la ciencia prepara para la humanidad, si no la destruye. Lo primero que la gente prevé en la humanidad científica es la abolición del arte y la literatura. ¡Qué dolor! Pero cuidado, si el arte y la literatura fueran abolidos, eso significaría que no tenían tanta importancia. Es muy difícil decir, nunca se acabará de decir, qué es el arte, qué es la poesía, con respecto a sus obras; decir lo que son con respecto a los hombres resulta más hacedero.

Las obras de las letras y las artes afinan, desde luego, no la sensibilidad, como suele afirmarse, sino cierta sensibilidad. Hoy se acusa a la ciencia de complicidad con la barbarie; y el arte, el más refinado ¿no se ha encontrado muy a gusto y ha tenido su parte de complicidad en las actividades bárbaras, crueles, insensibles? ¿No ha seguido comportándose así en nuestro tiempo, en nuestras sociedades? El equívoco viene de atrás, por lo menos de la primera Guerra Mundial de nuestro siglo, la de 1914.

El escritor español tan famoso en América como en España, Vicente Blasco Ibáñez, se enfrentaba en París, al empezar aquella guerra, ante la posibilidad de que ganase Alemania, dado la superioridad de sus armamentos debido, se suponía y era falso, a la superioridad de su ciencia: “Lo sentiré sobre todo por el arte”, exclamaba. Se olvidaba Blasco Ibáñez de que había sido wagneriano hasta el punto de tener el mal gusto de llamar Sigfrid a uno de sus hijos; él creía que Alemania de entonces representaba la ciencia bruta como si estas dos palabras pudiesen ir juntas, mientras Francia e Inglaterra, decadentes (luego todo el mundo ha visto que más decadente estaba Alemania) representaban lo refinado, la literatura y las artes, lo que hoy se llama de modo vulgar y exclusivo la

cultura, como si la ciencia fuese inculta, y terminaba explicando su sentimiento de un modo axiomático: “El arte solamente florece en las democracias”. “Por eso la plaza de la República es mejor que Versalles”, le interrumpía un joven escritor nada imperialista, ni germanófilo que le estaba escuchando en la reunión de un círculo muy importante del viejo barrio latino, el círculo Berthelot (el gran hombre de ciencia).

No es posible negar que el Kaiser alemán, monarca constitucional, por muy absolutista que se mostrara en Guillermo II, no podía meter para siempre a un hombre en prisión sin que se supiera por qué, y ocultarlo además bajo una máscara de hierro, o embastillar por largos años, todos los que hiciera falta, a un marido poco complaciente o a un amante demasiado atrevido, actos fáciles para Luis XIV; y es de completa evidencia, aparte de las ideas estéticas y el sentido artístico de cada cual, que el palacio de Versalles y sus jardines forman un conjunto de obras de arte, cuando, por el contrario, a pesar de su simpatía de plaza popular, el monumento de la plaza de la República, en París, es horrendo. El insensible Felipe II creó un foco de arte al construir El Escorial, que atrajo a los artistas europeos y le valió a España nada menos que El Greco, y si luego al rey le gustó más o menos tal o cual lienzo del pintor, ello es la prueba de que no tenía opiniones propias sobre pintura ni sensibilidad ante los cuadros. En fin, el lector habrá pensado ya en los mecenas del Renacimiento cuyas armas naturales en la vida social eran el veneno y la daga.

El hombre paleolítico, que tuvo la sensibilidad para imaginar el bisonte de la cueva de Altamira, vivía con tal rudeza que debía de ser insensible a cosas que hoy no consideraríamos soportables. Y hoy soportamos cosas que mañana parecerá inconcebible el haberlas soportado. Cosas materiales y morales. ¿Cómo en el tiempo de la asepsia, del arte abstracto y de la novela sin sujeto, continúa llevándose el pañuelo en las narices? ¿Cómo en la época de la arquitectura funcional y de los seguros sociales, sigue comerciándose con la salud y la muerte? Aquí el arte aparece hermanado a la ciencia ante la insensibilidad; ¿quién piensa usted, amigo o enemigo lector, que la vencerá? ¿Quién acabará con los pañuelos de bolsillo, una novela sin sujeto, un cuadro abstracto o la higiene? ¿Quién acabará con el comercio macabro, un orden social o un orden arquitectónico? Todas estas comprobaciones se

refieren, claro está, a las influencias indirectas de la literatura y el arte. ¿Qué pasa con las directas? ¿Cuál es el entusiasmo, la inspiración divina que producen un cuadro, una música, un libro de imaginación?

La música con bastante diferencia de las demás obras de arte es la que produce más intenso y general arrebató. Sin duda, ello se debe a esa sensualidad carnal que tienen todos los instrumentos musicales, parecen hechos de carne y hueso como el cuerpo humano, cuyo producto musical, la voz es la manifestación menos sofisticada de la sexualidad. Puede haber una cantante sin ningún atractivo físico ni alto valor musical, que arrastre a los públicos por la sexualidad de su voz. Ahí está la cantante de París, Edith Piaf. No se equivocaba el novelista fisiólogo León Tolstoi denunciando desde su punto de vista moral, en *La sonata a Kreutzer*, la sensualidad de la música que él debía de experimentar como aficionado a la música y como propenso a los temblores del animal en celo. La pintura produce efectos menos vivos. La imagen, no; la imagen, aparte de su valor artístico, cabe que sea tan sugestiva y más que la música.

No es necesario hablar, sería muy largo, de la pornografía (la cual naturalmente, no excluye el arte), basta evocar, por ejemplo, al espectador que se suicidó a la puerta de un cinematógrafo en el que acababa de ver, no recuerdo si *El ángel azul*, revelación de Marlene Dietrich, o *El circo*, el gran triunfo de la desdichada Lya de Putty. Según se supo después, aquel suicida se mató por amor, no de ninguna de esas dos artistas, de otra mujer cuya traición revivió ante las imágenes de Lya o de Marlene impregnadas de sensualidad carnal. El libro es capaz de desesperar, el libro de ideas; el de imaginación es un escape, una válvula de seguridad. El *Quijote* tiene una cosa falsa, nada más que una: la suposición de que por la lectura de libros de caballería un lector se vuelve caballero andante. Cervantes sintió tal falsedad y para aminorarla hizo que el lector se volviera loco, pero ni así pasa. En mi vida no corta, atravesando los ambientes más diversos, he visto la locura que a veces causan las ideas, nunca he sabido de ningún lector a quien las figuras literarias lo hayan trastornado. Al contrario, un trastorno real, un amor, un dolor, la ruleta influye en la manera de ver la literatura, la de imaginación y la de ideas.

El lector puro ha desaparecido. También el auditor y el contemplador. Está sucediendo insensiblemente en las letras y las artes el hecho formidable y paradójico de que cuanto más se lee, escucha y contempla, menos contempladores, espectadores, auditores y lectores hay; todos se escapan del estado de receptores y pasan al de críticos, es decir colaboradores, para llegar a ser, si lo consiguen, autores ellos mismos; resulta, pues, no tanto como se repite que los autores de la literatura y el arte que cuentan conciben y hacen sus obras para sí mismos, sino que las conciben y las hacen para los autores. Por esto y precisamente alardeando mucho de despreciar las técnicas de sus artes, nunca el escritor y el artista han procedido tan técnicamente, más aún, tan científicamente como ahora. El escritor y el artista que cuenta hoy trabaja como el hombre de ciencia, investigando, descubriendo, buscando lo nuevo. Cuando al terminar la guerra última, después de años de no haber grandes exposiciones de pintura se hizo una en París, pasó por esta capital el pintor Bracque y no fue a ver la exposición. Picasso se asombraba de tal actitud: “Una exposición de pintura —decía— es como un congreso científico, se va a ella para mostrar el resultado de los trabajos propios y enterarse del resultado de los trabajos de los demás”. Los artistas de otras épocas reconocían el carácter técnico y científico de sus artes. Un taller de artes plásticas de la Edad Media o del Renacimiento era una fábrica y un laboratorio; en cambio, el gabinete de un hombre de ciencia de entonces tenía mucho de mágico. La ciencia y el arte son distintos en sus resultados, no en las cualidades que ponen en juego sus creadores. Los griegos casaron a Venus y Vulcano, o sea, artes y oficios.

(El Comercio, 3 de agosto de 1958)